

Jacques Lacan / Los Seminarios de Jacques Lacan / Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud. / Clase 2. Primeras intervenciones sobre el problema de la resistencia. 20 y 27 de Enero de 1954



Clase 2

**Primeras intervenciones sobre el problema de la resistencia.
20 y 27 de Enero de 1954**

El análisis la primera vez. Materialidad del discurso. Análisis del análisis. ¿Megalomanía de Freud?

1

Después de la ponencia de O. Mannoni

Agradecemos calurosamente a Mannoni quien acaba de hacer una muy acertada apertura hacia la reanudación del dialogo en el seminario. No obstante, su tendencia es netamente fenomenológica, y no pienso que la solución asuma totalmente la forma que él nos deja entrever, él mismo lo ha sentido así. Pero está bien que plantee el problema como lo ha hecho, hablando de un mecanismo interpersonal, aunque en este caso la palabra mecanismo sea tan sólo aproximativa.

2

Interrupción, en el transcurso de la ponencia de D. Anzieu

Freud explica, a propósito de Lucy R., que recurría a la presión de las manos cuando sólo conseguía una hipnosis incompleta. Dice a continuación que dejó de preocuparse por este asunto; y que renunció incluso a obtener del sujeto, según el método clásico, la respuesta a la pregunta *¿duerme usted?*, porque le desagradaba escuchar la respuesta: *Pero no, no duermo*

en absoluto, lo cual lo colocaba en una situación harto incómoda.

Explica, de manera ingenua y encantadora, que esto lo llevaba a persuadir al sujeto que se refería a un tipo distinto de sueño que el que el sujeto suponía, y que a pesar de todo éste debía estar algo adormecido. Rayando casi con la ambigüedad más perfecta, dice muy claramente, que todo esto le ponía en un gran aprieto, del que sólo pudo desembarazarse el día en que dejó de preocuparse por ello.

Conservó, sin embargo, la presión de las manos, ya sea sobre la frente, ya sea a ambos lados de la cabeza, invitando al paciente, al mismo tiempo, a concentrarse en la causa del síntoma. Era éste un estadio intermedio entre el diálogo y la hipnosis. Los síntomas eran tratados uno por uno, en sí mismos; los afrontaba directamente como si fueran problemas propuestos. Bajo las manos de Freud, el paciente estaba seguro de que los recuerdos que iban a presentarse eran los que importaban, y que no tenía sino que confiar en ellos. Freud añadía este detalle, en el momento en que levantase las manos —mímica del levantamiento de la barrera— el paciente volvería a estar perfectamente consciente, y no tendría sino que tomar lo que se presentase en su mente para estar seguro de tener el hilo por el cabo adecuado.

Es muy notable que, en los casos que Freud relata, este método se haya revelado perfectamente eficaz. En efecto, resolvió completamente el hermoso caso de Lucy R., con una facilidad que tiene la belleza de las obras de los primitivos. En todo lo nuevo que se descubre, hay un feliz azar, una feliz conjunción de los dioses. Por el contrario, con Anna O., a pesar del método empleado, estamos en presencia de un largo trabajo de *working-through*, que muestra la animación y la densidad de los casos más modernos de análisis: se revive, se reelabora varias veces la serie completa de acontecimientos, toda la historia. Se trata de una obra de largo alcance, que dura casi un año. En el caso de Lucy R., las cosas marchan mucho más aprisa, con elegancia realmente sorprendente. Sin duda, las cosas son demasiado densas y no nos permiten ver dónde realmente están los resortes; pero, sin embargo, es un material perfectamente utilizable. Esta mujer tuvo lo que pueden llamarse alucinaciones olfativas, síntomas histéricos cuya significación, lugares y fechas, son satisfactoriamente detectados. Freud en esta ocasión nos proporciona todos los detalles sobre su modo de operar.

3

Interrupción, en el transcurso de la ponencia de D. Anzieu

Ya he acentuado el carácter privilegiado, debido al carácter especial de su técnica, de los casos tratados por Freud. Cómo era ella, sólo podemos presumirlo, a través de algunas reglas que nos dejó, y que han sido fielmente aplicadas. Según lo confiesan los mejores autores, y entre ellos quienes conocieron a Freud, no podemos hacernos una idea cabal del modo en que aplicaba la técnica.

Insisto en el hecho de que Freud avanzaba en una investigación que no está marcada con el mismo estilo que las otras investigaciones científicas. Su campo es la verdad del sujeto. La investigación de la verdad no puede reducirse enteramente a la investigación objetiva, e

incluso objetivamente, del método científico habitual. Se trata de la realización de la verdad del sujeto, como dimensión propia que ha de ser aislada en su originalidad en relación a la noción misma de realidad: es aquí donde he puesto el acento en todas las lecciones de este año.

Freud estaba comprometido en la investigación de una verdad que le concernía a él completamente, hasta en su persona, y por lo tanto también en su presencia ante el enfermo, en su actividad digamos de terapeuta; aunque el término resulte cabalmente insuficiente para calificar su actitud. Según afirma el propio Freud, este interés confirió a sus relaciones con sus enfermos un carácter absolutamente singular.

Ciertamente, el análisis como ciencia es siempre una ciencia de lo particular. La realización de un análisis es siempre un caso particular, aún cuando estos casos particulares, desde el momento en que hay más de un analista, se presten, de todos modos, a cierta generalidad. Pero con Freud la experiencia analítica representa la singularidad llevada a su límite, puesto que él estaba construyendo y verificando el análisis mismo. No podemos borrar este hecho, era la primera vez que se hacía un análisis. Sin duda alguna el método se deduce a partir de allí, pero sólo es método para los demás. Freud, él, no aplicaba un método. Si descuidáramos el carácter único, inaugural, de su proceder, cometeríamos una grave falta.

El análisis es una experiencia de lo particular. La experiencia verdaderamente original de este particular adquiere pues un valor aún más singular. Si no subrayamos la diferencia que existe entre esta *primera vez*, y todo lo que ha venido después —nosotros que nos interesamos, no tanto en esta verdad, como en la constitución de las vías de acceso a esta verdad— no podremos nunca captar el sentido que debe darse a ciertas frases, a ciertos textos que emergen en la obra de Freud, y que posteriormente adquieren, en otros contextos, un sentido muy distinto, aunque parecieran calcados uno sobre el otro.

El interés de estos comentarios de textos freudianos reside en que nos permiten seguir detalladamente cuestiones —ustedes lo verán, ya lo ven hoy— que son de considerable importancia. Ellas son múltiples, insidiosas, hablando estrictamente, son el prototipo de cuestión que todos intentan evitar, para confiarse a una cantinela, a una fórmula abreviada, esquemática, gráfica.

D. Anzieu cita un pasaje de los Estudios sobre la Histeria(1)

Interrupción.

Lo sorprendente, en este párrafo que usted invoca, es que se desprende de la metáfora pseudo-anatómica evocada cuando Freud habla de las imágenes verbales deambulando a lo largo de los conductos nerviosos. Aquí, lo que se estratificó alrededor del nódulo patógeno evoca un legajo de documentos, una partitura de varios registros. Estas metáforas tienden, inevitablemente, a sugerir la materialización de la palabra; no la materialización mítica de los neurólogos, sino una materialización concreta: la palabra empieza a fluir en las páginas de un

manuscrito impreso. También aparece la metáfora de la página en blanco, del palimpsesto. Desde entonces han surgido en la pluma de más de un analista.

La noción de varios estratos longitudinales aparece aquí, es decir de varios hilos de discurso. Los imaginamos en el texto que los materializa en forma de haces literalmente concretos. Existe una corriente de palabras paralelas que, en determinado momento, se extienden y rodean al famoso nódulo patógeno —el cual, él también, es una historia— se abren para incluirlo y, un poco más adelante, vuelven a reunirse.

El fenómeno de la resistencia se sitúa exactamente allí. Existen dos sentidos, un sentido longitudinal y un sentido radial. Cuando queremos acercarnos a los hilos que se encuentran en el centro del haz, la resistencia se ejerce en sentido radial. Ella es consecuencia del intento de atravesar los registros exteriores hacia el centro. Cuando nos esforzamos en alcanzar los hilos de discurso más próximos al nódulo reprimido, desde él se ejerce una fuerza de repulsión positiva, y experimentamos la resistencia. Freud, no en los *Estudios*, sino en un texto ulterior publicado con el título de *Metapsicología*, llega incluso a escribir que la fuerza de la resistencia es inversamente proporcional a la distancia que nos separa del nódulo reprimido.

No creo que sea ésta la frase exacta, pero es muy sorprendente. Evidencia la materialidad de la resistencia tal como se la capta en el transcurso de la experiencia y, precisamente, como decía hace un momento Mannoni, en el discurso del sujeto. Para saber dónde está el soporte material, biológico, Freud considera resueltamente el discurso como una realidad en tanto tal, una realidad que está allí, legajo, conjunto de pruebas como suele decirse, haz de discursos yuxtapuestos que se recubren unos a otros, se suceden, forman una dimensión, un espesor, un expediente.

Freud no disponía aún de la noción, aislada como tal, de soporte material de la palabra. Hoy, habría tomado, como elemento de su metáfora, la sucesión de fonemas que componen parte del discurso del sujeto. Diría que la resistencia que encontramos es tanto mayor cuanto más se aproxima el sujeto a un discurso que sería el último y el bueno, pero que rechaza de plano.

En el esfuerzo de síntesis que ustedes han hecho, tal vez lo que no destacaron es una cuestión que, sin embargo, está en primer plano tratándose de la resistencia: el problema de las relaciones entre lo inconsciente y lo consciente. ¿Es la resistencia un fenómeno que sólo aparece en el análisis? ¿O bien es algo de lo que podemos hablar cuando el sujeto está fuera del análisis, incluso antes de llegar a él, o después de dejarlo? ¿Sigue teniendo sentido la resistencia fuera del análisis?

Hay un texto sobre la resistencia que se encuentra en el análisis de los sueños, al que ninguno de ustedes se ha referido, y que permite, sin embargo, abordar algunos problemas que ambos se han planteado, ya que Freud se interroga allí sobre el carácter de inaccesibilidad del inconsciente. Las nociones de resistencia son antiquísimas. Desde el origen, desde las primeras investigaciones de Freud, la resistencia está vinculada a la noción de *ego*. Pero, cuando leemos en el texto de los *Studien* ciertas frases sorprendentes, donde no sólo se considera al *ego* como tal, sino al *ego* como representante de la masa ideacional, nos damos cuenta que la noción de *ego* deja vislumbrar ya en Freud, todos los problemas que ahora nos

plantea. Casi diría que es una noción con efecto retroactivo. Cuando se leen estas primeras cosas a la luz de lo que desde entonces se ha desarrollado en torno al *ego*, todas las formulaciones, incluso las más recientes, parecen enmascarar en lugar de evidenciar.

En esta fórmula, *la masa ideacional*, no pueden ustedes dejar de percibir algo que se asemeja singularmente a una fórmula que he podido darles, a saber que la contratransferencia no es sino la función del *ego* del analista, lo que denominaba la suma de los prejuicios del analista. Asimismo, encontramos en el paciente una organización completa de certidumbres, creencias, coordenadas, referencias, que constituyen, hablando estrictamente, lo que Freud llamaba desde el comienzo un sistema ideacional, y que abreviando podemos llamar aquí el *sistema*.

¿Proviene la resistencia únicamente de allí? Cuando, en el límite de ese campo de la palabra que es justamente la masa ideacional del yo, les representaba el montante de silencio tras el cual una palabra distinta reaparece, aquella que se trata de reconquistar en el inconsciente ya que ella es esa parte del sujeto separada de su historia: ¿acaso está allí la resistencia? ¿Es, sí o no, pura y simplemente la organización del yo lo que constituye, como tal, la resistencia? ¿Es esto lo que dificulta el acceso al contenido del inconsciente en sentido radial, para emplear el término de Freud? Hémos aquí ante una pregunta muy simple, demasiado simple, y como tal insoluble.

Afortunadamente, durante los primeros treinta años de este siglo, la técnica analítica ha progresado lo suficiente, ha atravesado suficientes fases experimentales, como para diferenciar sus preguntas. Hemos sido conducidos, ya lo ven, a lo siguiente —que les he dicho sería el modelo de nuestra investigación—hay que plantear que la evolución, los avatares de la experiencia analítica nos informan sobre la naturaleza misma de esta experiencia, en tanto ella también es una experiencia humana enmascarada para sí misma. Esto es aplicar al análisis mismo el esquema que él nos ha enseñado. ¿Después de todo, no es él acaso un rodeo para acceder al inconsciente? Es también elevar a un grado segundo el problema que nos plantea la neurosis. Por ahora, me limito a afirmarlo, ustedes lo verán demostrarse a la par de nuestro examen.

¿Qué quiero? —sino salir de este verdadero callejón sin salida, mental y práctico, en el que desemboca actualmente el análisis. Se dan cuenta ustedes que voy lejos en la formulación de lo que digo: es importante someter el análisis mismo al esquema operacional que él nos ha enseñado y que consiste en leer, en las diferentes fases de su elaboración teórico-técnica, cómo avanzar en la reconquista de la realidad auténtica del inconsciente por parte del sujeto.

Este método nos hará superar en mucho el simple catálogo formal de procedimientos o categorías conceptuales. Volver a examinar el análisis, en un examen a su vez analítico, es un procedimiento que revelará su fecundidad en relación a la técnica, como ya lo ha revelado en relación a los textos clínicos de Freud.

Los textos analíticos abundan en impropiedades metódicas. Hay en ellos temas difíciles de tratar, de verbalizar, sin dar al verbo un sujeto: leemos también continuamente que el ego emite la señal de angustia, maneja el instinto de vida, el instinto de muerte; ya no se sabe dónde está la central, dónde el guardagujas, dónde la aguja. Todo esto es escabroso. Vemos aparecer constantemente en el texto analítico diablillos de Maxwell, que son de una clarividencia, de una inteligencia... Lo molesto es que los analistas no tienen una idea muy precisa de la naturaleza de estos demonios.

Estamos aquí para ver qué significa la evocación de la noción de ego de punta a punta de la obra de Freud. Es imposible comprender lo que representa esta noción, tal como empezó a surgir en los trabajos de 1920, en los estudios sobre la psicología del grupo y *Das Ich und das*. Es, si se empieza mezclando todo en una suma general con el pretexto de que se trata de aprehender una cierta vertiente del psiquismo. El ego, en la obra de Freud, no es en absoluto esto. Cumple un papel funcional vinculado a necesidades técnicas.

El triunvirato que funciona en Nueva York, Hartmann, Loewenstein y Kris, en su tentativa actual de elaborar una psicología del ego, se pregunta constantemente: ¿qué quiso decir Freud en su última teoría del ego? ¿Se han extraído, verdaderamente, hasta el momento sus consecuencias técnicas? No traduzco, sólo repito lo que aparece en los dos o tres últimos artículos de Hartmann. En el *Psychoanalytic Quarterly* de 1951, encontrarán tres artículos de Loewenstein, Kris y Hartmann sobre este tema que merecen ser leídos. No podemos decir que lleguen a una formulación totalmente satisfactoria, pero investigan en este sentido y plantean principios teóricos que implican aplicaciones técnicas muy importantes que, según ellos, no se habían percibido. Es muy interesante seguir este trabajo que se elabora a través de artículos que vemos sucederse desde hace algunos años, especialmente desde el fin de la guerra. Creo que en ellos se evidencia un fracaso muy significativo, que debe ser instructivo.

En todo caso, es grande la distancia recorrida entre el ego del que se habla en los *Studien*, masa ideacional, contenido de ideaciones, y la última teoría del ego, aún problemática para nosotros, tal como Freud la formuló a partir de 1920. Entre ambas, se encuentra ese campo central que estamos estudiando.

¿Cómo apareció esta última teoría del ego? Es la culminación de la elaboración teórica de Freud, una teoría extraordinariamente nueva y original. Sin embargo, en la pluma de Hartmann ella se presenta como si tendiera a incorporarse con todas sus fuerzas a la psicología clásica.

Ambas cosas son ciertas. Esta teoría, Kris es quien lo escribe, hace entrar al psicoanálisis en la psicología general, y a la vez, aporta una novedad sin precedentes. Paradoja que aquí debemos resaltar, ya sea que sigamos con los escritos técnicos hasta las vacaciones, o bien que abordemos el mismo problema en los escritos de Schreber.

.....

En el artículo de Bergmann, *Germinal cell*, se considera como célula germinal de la observación analítica la noción de reencuentro y restitución del pasado. Hace referencia a los *Studien über Hysterie* para evidenciar que Freud hasta el final de su obra, hasta las

expresiones últimas de su pensamiento, mantiene siempre en primer lugar esta noción del pasado, de mil maneras, y sobre todo bajo la forma de la reconstrucción. En este artículo, la experiencia de la resistencia no es considerada pues central.

.....

Hyppolite alude al hecho de que los trabajos anatómicos de Freud pueden considerarse éxitos, y como tales fueron sancionados. En cambio, cuando comenzó a operar en el plano fisiológico, parece haber manifestado un cierto desinterés. Esta es una de las razones por las que no profundizó el alcance del descubrimiento de la cocaína. Su investigación fisiológica fue floja porque permaneció demasiado cerca de la terapéutica. Freud se ocupó de la utilización de la cocaína como analgésico, y dejó de lado su valor anestésico.

En fin, aquí sólo estamos evocando un rasgo de la personalidad de Freud. Sin duda, podríamos preguntarnos si, como decía Z*, se reservaba para un destino mejor. Pero me parece excesivo llegar hasta el punto de decir que su orientación hacia la psicopatología fue para él una compensación. Si leemos los trabajos publicados con el título *El nacimiento del psicoanálisis(2)* y el primer manuscrito encontrado donde figura la teoría del aparato psíquico, nos damos cuenta que él está realmente en la corriente de la elaboración teórica de su época sobre el funcionamiento mecanicista del aparato nervioso; por otra parte todo el mundo lo ha reconocido así.

Por ello no debemos asombrarnos demasiado de que se inmiscuyan allí metáforas eléctricas. Pero no hay que olvidar que es en el campo de la conducción nerviosa donde por primera vez la corriente eléctrica fue experimentada sin aún saberse cuál sería su alcance.

.....

Z: Creo que, desde el punto de vista clínico, la noción de resistencia representa realmente una experiencia que todos enfrentamos alguna vez con casi todos los pacientes en nuestra práctica: resiste y eso me pone furioso.*

¿Qué? ¿Cómo dice?

Z: Esa experiencia extremadamente desagradable en la que uno se dice: estaba a punto de encontrarlo, podría encontrarlo él mismo, lo sabe sin saber que lo sabe, no tiene sino que mirar más allá de sus narices, y este pedazo de imbécil, este idiota, todos los términos agresivos y hostiles que se nos ocurran, no lo hace. Y la tentación que se siente de forzarlo, de obligarlo...*

No se regodee demasiado en eso.

SR. HYPOLITE: *Esta resistencia que hace pasar al analizado por idiota es lo único que permite al analista ser inteligente. Esto le permite una elevada conciencia de sí.*

De todos modos, la trampa de la contratransferencia, puesto que así hay que llamarla, es más insidiosa que este primer plano.

.....

Z: Freud substituyó el poder indirecto y más potable que la ciencia ofrece sobre la naturaleza al poder directo sobre los seres humanos. Volvemos a ver aquí el mecanismo de intelectualización; comprender a la naturaleza y de ese modo someterla, fórmula clásica del determinismo, lo cual por alusión remite a ese carácter autoritario de Freud que puntúa toda su historia, y particularmente, sus relaciones tanto con los herejes como con sus discípulos.*

Debo decir que si bien hablo en ese sentido, no he llegado al extremo de convertirlo en la clave del descubrimiento de freudiano.

Z: Tampoco pienso convertirlo en su clave, sino en un elemento interesante a destacar. En esa resistencia, la hipersensibilidad de Freud a la resistencia del sujeto no deja de estar en relación con su propio carácter.*

¿Qué es lo que le permite hablar de la hipersensibilidad de Freud?

Z: El hecho de que él, y no Breuer, ni Charcot, ni los otros, la haya descubierto. Fue a él a quien le sucedió, porque la sintió más intensamente, y elucidó lo que había experimentada.*

¿Cree usted que destacar el valor de una función como la resistencia significa que quien lo hace tiene una intolerancia peculiar hacia aquello que le resiste? Por el contrario, ¿no es acaso por haber sabido dominarla, por ir más lejos, y mucho 'más allá, que pudo Freud hacerla uno de los resortes de la terapéutica, un factor que se puede objetivar, nombrar y manejar? ¿Cree usted que Freud es más autoritario que Charcot?, cuando Freud —en la medida en que pudo— renuncia a la sugestión para dejar integrar al sujeto aquello de lo cual está separado por las resistencias. En otros términos, ¿hay menos autoritarismo en quienes desconocen la resistencia, o en quien la reconoce como tal? Yo tendería más bien a creer que quien, en el hipnotismo, intenta hacer del sujeto su objeto, su cosa, volverlo dócil como un guante, para así darle la forma que quiere, para sacar de él lo que quiere, está impulsado, en mayor medida que Freud, por una necesidad de dominar y de ejercer su poder. Freud parece, al contrario, respetuoso de lo que comúnmente también se llama la resistencia del objeto.

Z: Desde luego.*

Creo que debemos ser muy prudentes aquí. No podemos manejar tan fácilmente nuestra técnica. Cuando les hablo de analizar la obra de Freud, es para proceder a ello con toda la prudencia analítica. No debe hacerse de un rasgo de carácter una constante de la personalidad, y menos aún una característica del sujeto. Jones ha escrito, sobre este tema, cosas sumamente imprudentes, pero que son de todos modos mucho más matizadas que lo que ha dicho usted. Pensar que la carrera de Freud ha sido una compensación de su deseo de

poder, incluso de su franca megalomanía, de la que por otra parte quedan huellas en sus escritos, creo que es... El drama de Freud, en el momento en que descubre su vía, no puede resumirse así. Después de todo hemos aprendido en el análisis lo suficiente como para no creernos obligados a identificar a Freud soñando con dominar al mundo, con Freud iniciador de una nueva verdad. Esto no me parece provenir de la misma Cupido, si es que no es de la misma libido.

Sr. HYPOLITE: *Con todo me parece —sin aceptar integralmente las fórmulas de Z* y las conclusiones que de ellas saca— que, en la dominación hipnótica de Charcot sólo se trata de la dominación de un ser reducido a objeto, de la posesión de un ser que ya no es dueño de sí. Mientras que la dominación freudiana consiste en vencer a un sujeto, a un ser que aún tiene conciencia de sí. Hay pues una mayor voluntad de dominio en el dominio de la resistencia a vencer, que en la pura y simple supresión de esa resistencia; sin que pueda deducirse que Freud haya querido dominar el mundo.*

¿En la experiencia de Freud, se trata acaso de dominio? Siempre tuve mis reservas sobre muchas cosas que no están indicadas en su modo de proceder. Su intervencionismo, en particular, nos sorprende si lo comparamos con algunos principios técnicos a los que ahora damos importancia. Pero no hay en este intervencionismo —contrariamente a lo que dice Hyppolite— satisfacción alguna por haber obtenido la victoria sobre la conciencia del sujeto; menos seguramente, que en las técnicas modernas, que ponen todo el acento en la resistencia. En Freud, vemos una actitud más diferenciada, es decir más humana.

No siempre define lo que hoy se llama interpretación de la defensa, quizá no es éste el mejor modo de decirlo. Pero al fin y al cabo, la interpretación del contenido cumple en Freud el papel de interpretación de la defensa.

Al evocar eso tiene usted razón Z*. Es lo que esto es para usted. Intentaré mostrarles en qué rodeo surge el peligro, a través de las intervenciones del analista, de forzar al sujeto. Es mucho más evidente en las técnicas llamadas modernas —como se dice al hablar del análisis como se habla del ajedrez— de lo que jamás lo ha sido en Freud. No creo que la promoción teórica de la noción de la resistencia pueda servir como pretexto para formular respecto a Freud esa acusación que va radicalmente en sentido opuesto al efecto liberador de su obra y su acción terapéutica.

No enjuicio sus intenciones Z*. Lo que usted manifiesta es, efectivamente, una intención. Ciertamente hay que tener espíritu de examen, de crítica, aún frente a la obra original, pero de este modo, sólo se consigue espesar el misterio, y de ninguna manera aclararlo.

